

Abel Posse

Cuando muere el hijo
Una crónica real



escritores
argentinos

Posse, Abel
Cuando muere el hijo.- 1ª ed. – Buenos Aires : Emecé, 2009.
168 p. ; 23x14 cm.

ISBN 978-950-04-3204-7

1. Narrativa Testimonial I. Título
CDD A863

© 2009, Abel Posse

Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo
© 2009, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Emecé®
Independencia 1668, C 1100 ABQ, Buenos Aires, Argentina
www.editorialplaneta.com.ar

Diseño de cubierta: *Departamento de Arte de Editorial Planeta*
1ª edición: octubre de 2009
3.500 ejemplares
Impreso en Artesud,
Concepción Arenal 4562, Capital Federal,
en el mes de septiembre de 2009.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

IMPRESO EN LA ARGENTINA / PRINTED IN ARGENTINA
Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723
ISBN: 978-950-04-3204-7

La muerte llega con paso de gato. Lo enorme, lo más temido, irrumpe con paso de gato. Era el domingo 9 de enero. Mañana helada y gris. *Dies diaboli*. La radio anunció heladas y tormentas de nieve en varios departamentos de Francia. Se recomendó extrema prudencia a los automovilistas. Un alud había arrollado una hostería en el valle de Saboya y varios turistas habían desaparecido. Cuando abrí la ventana sobre la calle de la Île Saint Louis, sentí que el aire no era tan helado como parecía, probablemente se preparaba una nevada. La idea de la nieve siempre da impulso de alegría, capaz de aliviar ese domingo que pintaba largo tedio hasta la hora del noticiero de la cena. Llegaba mi colega Néstor Martínez, de San Francisco, y pensé que convenía afrontar esa laguna neblinosa de la mañana e ir con él y Sabine al mercado de las pulgas. Carlos Barral estaba imprimiendo en su colección Fenice mi novela *Los perros del paraíso*. Pensé que me gustaría regalarle un bastón, precisamente una *canne* acorde con su estilo de espadachín vizcondal. Iván dormía y le dejamos anotado al lado de su almohada que volveríamos al mediodía. Era tal la mañana que toda la

ciudad prefería seguir dormida. Los plátanos del Sena levantaban sus ramas desnudas. Fuimos por el boulevard Magenta hasta alcanzar la puerta de Clignancourt y las callejas del mercado. Caminamos muy abrigados a través de esa acumulación horrible de cosas salidas del vientre de un pasado que alguien hubiese abierto de un tajo. Muebles averiados, algunos con aires de grandeza perdida. Trinchantes y aparadores que presidieron almuerzos dominicales de familias que estaban ya en los cementerios de Montmartre, de Batignolles, de Père Lachaise. Cajas polvorientas de relojes que dejaron de controlar a sus amos, aliviados de las manecillas, como devueltos al infinito. Innobles tachos de cocina, palanganas, carteles de productos hoy inexistentes, escupideras, irrigadores. Negocios más bien hostiles en esa hora demasiado temprana. Algún vendedor malhumorado, algunos gatos y perros, cerca de las estufas. Todo parece sucio, caído, como si proviniera más de una derrota que del simple pasado. S. y Néstor se demoraron entre centenares de platos, bandejas, copas de colores, cubiertos, alfombras de profusa turquería colonial. Gigantescas soperas de porcelana como domos de domingos familiares sin memoria de sus protagonistas. Obscenos bibelots, lámparas con estatuillas. Apogeo de lo cursi. Néstor busca entre las cigarreras de plata. Por fin, avanzando entre esa antigualla desagradable alcanzo el rincón de paraguas, estoques y bastones. De lejos vi el que me llevaría: una elegante caña negra coronada con una cabeza de águila en

marfil. Una expresión antipática, aristocrática y orgullosa, similar al ave de presa de los dólares. La compré sin vacilar.

Huimos de esa espantosa ropavejería con olor a pis de gato y humo de cigarrillo Gitane y nos metimos en uno de esos cafés del *Marché* que pretenden el folklorismo parisién de java con un sentimentalismo fuera de moda. Pedimos chocolate caliente para vencer el frío. Sobre un estrado pequeño apareció una cantante imitadora de Piaf y de Jacqueline François. En las paredes había afiches bastante arruinados de viejos éxitos del cine francés: *El muelle de las brumas*, Jean Gabin; *El diablo en el cuerpo*, Gerard Philippe. Me pareció sentir una mirada. Me volví hacia la pared lateral y di con los ojos penetrantes de Louis Jovet desde el cartel roto de *La kermesse heroica*. Se centraban en los míos como si me escrutara. Hablé con S. y con Néstor, terminé mi chocolate y giré otra vez hacia la pared lateral y me sentí atrapado nuevamente por esos ojos del monje cínico que representó Jovet en aquella película que alguna vez vimos con S. en el cine Lorraine de Buenos Aires. Uno sabe que hay fotos o retratos cuya mirada nos persigue casi misteriosamente, aunque variemos nuestra posición en el espacio. Una experiencia común y bastante corriente.

Cuando la esforzada cantante y el acordeonista se disponían a emprender *La foule*, nos escabullimos. Jovet siguió mirándome hasta que salimos del local.

Otra vez en el coche con la calefacción al máximo cruzando ese París desolado. Pasado el mediodía las calles se veían vacías y una luz perlada y densa persistía como esperando la nevada anunciada. Estacioné en el Pont Marie a una cuadra de nuestra casa en el 25 de la calle Saint Louis en l'île. Hasta ese momento todo era todavía olvidable, como toda la banalidad de la vida, sin merecer mucha consideración: el lugar exacto donde quedó el auto, los adoquines del puente, el color gris perlado del cielo mezquino, la oficina de correo con el cartel de cerrado. Todas esas nimiedades de cada día pronto renacerían como hechos importantes, cargados de poder trágico, para acompañarme por décadas, tal vez hasta el último día de mi vida: los adoquines del puente, la luz aquella, el cartel del correo, la vidriera siempre atractiva de la librería de al lado. Toda la aparente nadería de aquella mañana...

Subimos en el ascensor y Néstor se puso los anteojos para evaluar el tallado de la cabeza de águila del bastón para Carlos Barral. Cuando pasamos la puerta grité hacia arriba desde el pie de la escalera, como siempre, anunciándonos a Iván. No hubo respuesta y pensé que podía haberse dormido de nuevo. Subí hacia su cuarto en la planta alta. Iván estaba como reposando, en su sillón ante el escritorio de madera con las piernas extendidas entre las dos cajoneras, la cabeza echada hacia atrás como si estuviese dormido. El brazo izquierdo doblado sobre el pecho. El derecho, lacio, abandonado a lo

largo del lateral del sillón. El meñique de la mano laxa concentraba el lento goteo de la última sangre que bajaba desde el cuello y se agregaba al gran charco escarlata. No recuerdo lo que sentí. Tal vez como si fuese barrido por una honda expansiva que me ensordecía y que quizá me enmudeció. Sentí que estaba muerto. Me lo dije sin regatear. La muerte había ocupado su rostro confiriéndole esa gravedad autoritaria que tienen los muertos. Ahora tanteo para agregar palabras, no las encuentro, porque aquello era absolutamente inefable. Era el fin del mundo, pero privado.

Ya estaban en la puerta los rostros de S. y Néstor y en un segundo percibí cómo se descomponían. Llenó todos los espacios de la casa el aullido ancestral de la madre ante el hijo muerto. Creo que di un paso y la abracé como si reteniéndola con el abrazo pudiese aminorar la fuerza de lo Enorme que no podíamos ni sabríamos controlar. El llanto abundante y espasmódico de Néstor. Y los gritos de S. como absoluta protesta ante el dolor más recóndito de la especie. ¿Ese aullido se dirigía a Dios, a los dioses, a los demiurgos indolentes?

Iván allí, muerto de toda muerte. Se le había dado por irse. Sus cabellos rubios echados hacia atrás, apenas ensangrentados de un lado. Los párpados entrecerrados. Busqué sus ojos pero eran apenas un resplandor gris-azulado donde ya no entraba mi mirada ni nada transmitía. Eran dos brillos que se opacaban. La nada de los ojos muertos como siempre me había impresionado en los animales del

mercado. Se estaba yendo de sus ojos. Se había ya ido de su mirada y avanzaba hacia la cosificación insignificante del cadáver. Yo nunca había cerrado los ojos de ningún muerto. Son situaciones que uno sólo ve en las películas. Apoyé mis pulgares en sus párpados, que no ofrecieron ninguna resistencia. Durante un segundo sentí que lo había devuelto de la muerte al anodino intervalo del sueño.

Néstor Martínez había atinado a llamar al servicio de urgencias. Creo que mantuvo a S. abrazada como para impedir que la madre se precipitara sobre el hijo. Por mi parte sentía que estaba ante la fatalidad suprema. Que aquello, lo más temido, se había producido y yo era un espectador impotente. Estoy seguro de que tomé la mano izquierda, limpia, que había quedado sobre el pecho de Iván. Estoy seguro de que no me pareció tan fría y que recibí una efímera sensación de ternura que me cerró la garganta. Deslicé mi palma entre el pecho y su mano y la sostuve inerte como en una serena despedida. Del meñique de la otra mano, una gota final, pequeña, y se me ocurrió que no caería y que más bien se coagularía, como la milenaria secreción de una estalactita. Tuve la desesperante idea de que habíamos llegado apenas tarde, cuando ya su vida se había derramado íntegramente.

La vida de Iván era ahora esa gran mancha uniforme de color escarlata, perfecta como una placa de plástico para alguna decoración en el piso. Fuerza y plenitud de vida derramada por el suelo.

Con Néstor acompañamos a S. hasta la cama del cuarto. La abracé sin querer ver su rostro descompuesto por la desesperación. Se enroscó sobre sí misma como buscando la ancestral posición fetal para librarse del dolor y retornar al Origen, a los espacios sin memoria previos a la existencia. Acomodé una manta para cobijarla. Fue cuando Néstor, sollozando incesantemente, sacó de su pecho un grito:

—¡Quebrate! ¡Quebrate de una vez por todas!
—Lo dijo con un tono de orden muy urgente e impostergable. Era (más de una vez lo pensé al recordar aquella hora) como si Néstor me viese intoxicado en un dolor falsamente controlado, sin la salida de ese exorcismo que es el llanto.

Subió desde la calle la sirena de la ambulancia. Llegaban también los policías. Poco recuerdo de ese momento aunque nadie más que yo pudo haber abierto la puerta. Médicos, paramédicos y gendarmes. Gente profesional y silenciosa. Dejaron la puerta abierta y subieron hacia la planta alta. Creo que dijeron que había llamado la guardia de la Embajada (era domingo). Dos hombres de blanco entraron en el dormitorio y probablemente tomaron la presión de S. Le dieron un calmante. También Néstor lo aceptó. No recuerdo si se trataba de una inyección o de pastillas. Los gendarmes habían dejado sus quepis en la mesa del comedor diario y anotaban datos del peritaje. Se manejaban con murmullos y señas como tratando de no hacerse notar en la casa del dolor. Uno de

los médicos con su delantal blanco apoyó sus dedos en la carótida de Iván. Era una pericia obligatoria, de rutina. Al verme el médico me preguntó si quería también un calmante. Le dije que me parecía mejor colaborar con ellos para lo que pudieran necesitar.

Fui hasta la cocina del comedor vacío. Los cuatro quepis estaban colocados con simetría. Creo recordar que reflexioné y comprendí que estaba aplastado, demolido, en un inesperado repliegue de la vida. Habitaba una especie de sonambulismo relativamente lúcido. Me parecía que me refugiaba en algo como fatalidad o indiferencia. Al mismo tiempo sentía como si me moviera entre las ruinas de la casa, sin embargo intacta en su estructura y su mobiliario. Si se pudiera escribiría que la casa había perdido su lógica y su temperatura. Los aromas de la cocina, el prestigio de la biblioteca, la mesa de comida familiar con los cuatro quepis alineados. Era como si un viento sideral de muerte hubiese congelado todo rastro de vida.

Los gendarmes se movían con admirable discreción. Fue seguramente en el minuto que demoré en el comedor cuando optaron por desplazar el cuerpo de Iván. Lo extendieron en su cama sobre un tejido seguramente impermeable. Había unas cintas métricas. Se ve que habían tomado las distancias y la posición del cuerpo según normas policiales esotéricas. Habían traído bolsas de plástico y material absorbente. Querían algún artefacto de limpieza que les faltaba y los acompañé hasta el

sollado de la cocina. Con delicadeza el superior del grupo me dijo:

—Tal vez prefiere quedarse aquí... Seremos rápidos... —Comprendí que se refería a “la limpieza”. Algo que podría resultar dramáticamente desgarrador por lo banal. Me quedé frente a la mesada de mármol. El reloj del horno daba las 13:47 y el grande de la pared, las 13:55. Por la ventana entraba la luz de la tarde incipiente. Me sentí increíble pero necesariamente solo. S. y Néstor estaban bajo el efecto del calmante. Pensé con miedo en el retorno a la lucidez, el reingreso de S. en el supremo horror. Vi debajo de la pileta el balde de plástico rojo y la pala y el escobillón de mano. Los tomé y fui hacia el cuarto de Iván. Los hombres trabajaban todavía acomodando el cuerpo. La placa escarlata junto al sillón de Iván estaba intacta. Creo haber percibido cierto estupor en las miradas de los gendarmes cuando deslicé la pala de plástico y empujé la vida todavía fresca de Iván con el escobillón de mano. Así fui descargando pala tras pala en el banal balde de la limpieza de todos los días a cargo de Fátima, nuestra silenciosa empleada. Trabajé cuidadosamente, abstraído como oficiante de un rito que de algún modo sentí que los gendarmes comprendían con respeto. Supe que la sangre es una materia elástica, noble, ni tan líquida ni tan espesa. Avancé prolijamente desde el borde externo hacia las patas del sillón dejando una sombra rosada sobre la esterilla del piso que los gendarmes limpiarían a fondo con los detergentes que habían traído. Llegué hasta el

punto central, donde había pendido la mano inerte de Iván destilando por el meñique el último goteo de vida. La muerte con callada autoridad establecía espacios de consagración, misteriosos mandalas. Había llenado más de un cuarto del balde. Volví a la cocina, dejé el balde en el piletón junto al cepillo con sus barbas teñidas de rojo. Me apoyé en la mesada de mármol y permanecí seguramente bastante tiempo mirando la esfera del reloj grande de pared, siguiendo las lentísimas vueltas del segundero. Es increíble la larguísima duración de un minuto. El segundero trepa desde el 6 y no parece alcanzar nunca el 12. Y una y otra vez, y una y otra vez, desgranando el tiempo de la eternidad. Sin retorno.

Pensé que la sangre se solidificaría en la pala y en el cepillo. (Esas imprevistas obsesiones que pueden asediar a los criminales de película.) Abrí el fuerte chorro de la pileta y comprobé que me había equivocado, incluso las hebras de plástico iban quedando en su color originario. Me animé a mirar el círculo de sangre en el balde. Estaba intacto y turgente, con la misma perfección, diría, que la del charco junto al escritorio. El rojo escarlata reflejaba su brillo con energía. Sentí que era vida, todavía viva, de Iván. Ocurrencia. Levanté el balde desde el borde para removerlo, como se puede hacer con una copa de cristal con un vino noble, e involuntariamente me mojé el índice y el anular. Dejé el balde en el piletón y alcé la mano hacia la poca luz que entraba por la ventana. El color per-

día su intensidad en las yemas de mis dedos. Seguí un impulso extremo y me llevé los dedos a la boca. Sentí el leve gusto salado de la sangre. Aquello era un beso a lo último vivo, lo más centralmente vivo de mi hijo. Un último beso casi furtivo, como al pie del patíbulo.

Sentí en el pecho la convulsión previa al estallido de llanto. Por suerte escuché a los gendarmes que habían terminado su tarea y me buscaban. Me aguanté el alivio fácil de llorar y casi impulsivamente arrojé el contenido del balde por el piletón abriendo al máximo la canilla. Dejé que desbordara el balde y fui en busca de los gendarmes. El jefe, alto y con bigotes rubios marciales, me extendió unos papeles que firmé sin preguntar.

—Más tarde vendrá el empleado municipal encargado de atender al fallecido —dijo—. Es por la tarea de conservación antes de la inhumación. Van a pasar también para la inscripción del deceso...

El oficial era muy profesional y sus palabras eran extremadamente cuidadas. Las acepté sin reprender nada. No sabía eso de inscribir una muerte como un nacimiento, pero tenía su perfecta lógica administrativa.

Los acompañé hasta la puerta y les di la mano a uno por uno.

—Les agradezco de todo corazón —dije.

Volví a la cocina para cerrar la canilla. El reloj marcaba 14:27. Apenas las 14:27.